

El engaño del orden y el engaño del desorden

Por Diego Ulises Alonso Pérez

Insania (2017).

Dirección: Jan Švankmajer

La cinta inicia con un prólogo en el que el director aparece y nos explica sus motivos –lo que en cierto sentido me pareció superfluo e innecesario, cual si su intención fuese evitar algún tipo de mal entendido, cual si uno fuese capaz de explicar con palabras lo que se ha puesto en imágenes–. Ciertamente es lo que hacemos en esta revista, poner en palabras lo que nos han provocado las escenas, pero, al menos en mi caso, nunca pretendiendo explicar los motivos reales del artista. ¿Qué diablos podría querer decir eso? Como sea, lo que el director pone en cuestión es un debate ideológico: un manicomio manejado desde la extrema libertad o desde la extrema represión. Cualquiera de las dos opciones con sus funestas consecuencias. Y nos sugiere una tercera, una que es capaz de sintetizar lo peor de cada sistema, esa es nuestra sociedad. Y si nuestro dominante modo de vida occidental es capaz de fusionar lo peor de ambos sistemas es justamente por la ingenuidad de sus pacientes, quienes dócil y mansamente somos sometidos a estructuras de poder que parecieran venir de ningún lado



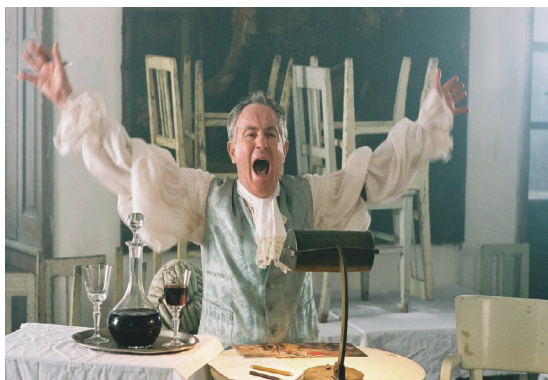
y ante las que pareciera imposible hacer algo o, peor aún y como sugiere el filme: intentar hacer algo desde la completa ingenuidad puede provocar peores consecuencias. De las obras que he visto de este director checo casi todas han valido ampliamente la pena y ésta no es la excepción. Es envolvente, trepidante, llena de bellas imágenes, discursos, grandes actuaciones, una animación de primera (aunque aquí mucho más marginal) y un extraordinario sentido del humor. Pero lo que a mí me importa resaltar en esta ocasión es aquello en lo que me hizo pensar la película: lo que nos muestra con magistralidad y bastante ironía es la imposibilidad de escapar al ejercicio de poder. Con el fin del pensamiento metafísico y de la idea de que existe una esencia de las cosas que les dé un fundamento determinado, eterno, inmutable e invariable, se ha dejado de pensar al poder como algo sustancial y se ha empezado a estudiarlo en el cómo de su ejecución. Las estructuras de poder son el medio por el cual se ejerce y todos estamos sometidos –lo sepamos o no, lo aceptemos o no– a su influjo. Todos somos (aunque en distinta medida) conductores del ejercicio de poder, todos lo ejercemos sobre otros y padecemos su ejercicio.

Las estructuras de poder, aunque parecieran invisibles, son tan palpables como el aire que respiramos. Por ello el poder se ejerce, no se discute a niveles meramente teóricos (de hecho, esos discursos que pretenden explicar el modelo dominante son más bien consecuencia del mismo) sino que se ejerce de manera a veces sutil, a veces abierta, siempre inevitablemente. Así como los locos de la película moldean y siguen su locura (¿hasta qué punto sería de cada quién?) según las estructuras impuestas por el parámetro dominante en boga, ante el cual se doblegan o son doblegados, cooperan u oponen resistencia y ejercen control a la par que son controlados –muy a pesar de poder creer que lo hacen libremente, en realidad son parte de un engranaje que moldea los cuerpos, las almas, las rutinas, los pensamientos–; así cualquiera de nosotros es parte de estructuras de poder de forma activa y pasiva (siempre de ambas maneras a la vez), nuestros gustos, nuestras modas, nuestras ideas, forman parte de ese gran entramado llamado sociedad. Y no es que piense que el ser humano sea completamente determinado y el individuo una mera ficción burguesa, sino lo que este largometraje casi escupe a la cara del espectador es el irremediable hecho de que no podemos seguir siendo ciegos ante el ejercicio del poder. Todos colaboramos y formamos parte de esas estructuras con

- **El engaño del orden y el engaño del desorden**

el simple hecho de trabajar o negarse a trabajar, estudiar o no estudiar, pertenecer a ciertas organizaciones o a ninguna, con el simple hecho de tomar el transporte público, de caminar por la acera, de comprar comida o ir a un espectáculo cualquiera.

Imagen 1. Fotograma de la película.



Fuente. MUBI.COM.

¿Qué hacer ante este *factum*? ¿Existe la posibilidad de un refugio, de una escapatoria? ¿Escapatoria de qué y hacia dónde? Creo que seguir pensando en que podemos escapar del ejercicio del poder es una bobería con terribles consecuencias, es aquello que nos hace los sujetos perfectos al dominio, la imposición y la explotación. Esto nos hace creer que nuestras acciones y pasiones (ambas palabras en el sentido más general del término) no tienen ninguna repercusión y no forman parte de un enmarañado en el que se ejerce el poder, ahí donde se tejen las sociedades, sus tablas de valores, sus normas. ¿Por qué somos, entonces, tan propensos a creer que el poder es algo que no nos importa y ante lo que no podemos nada? ¿De dónde el tan arraigado sentir popular de que el poder corresponde sólo a políticos –todos igualmente sórdidos– y grandes capitales? Difícil saberlo. Lo que sí es evidente es que mientras la mayoría pensemos así seremos meras partes de esos engranajes que someten y nos someten a prácticas y ejercicios de poder que nadie ha decidido. Por otro lado, igualmente peligrosa es la creencia de que podemos romper esas estructuras de poder para imponer la verdadera, la correcta. Del mismo modo es perjudicial creer que se puede vivir fuera de las estructuras de poder. Todas estas posturas o muy ingenuas o malintencionadas, además de que sus consecuencias son igualmente terribles. La creencia de que los malos son siempre la cara visi-

ble que ejerce el poder y las personas meras víctimas indefensas del poder nos hace caer en el absurdo de suponer que basta con destruir lo establecido para alcanzar la autonomía y la libertad; en realidad lo que se debe buscar es modificar el ejercicio mismo del poder y darnos cuenta de que nosotros formamos parte de ese ejercicio, con lo cual se modifica, a su vez, su estructura. De lo contrario y parafraseando a Nietzsche nuestra aspiración puede ser un burdo querer liberarnos de... cuando la pregunta nunca debe de ser libre de qué, sino libre para qué.

El personaje principal de este filme es el prototipo ideal para mostrar estas ambigüedades y los riesgos de las distintas posturas que se pueden tomar, pues justamente es el colaborador perfecto de los dos sistemas que están en disputa por el control del hospital psiquiátrico sin que siquiera se de cuenta de ello, aunque paradójicamente y en otro sentido se dé perfectamente cuenta de ello porque lo que está en el fondo es la disputa por el deseo y la formación de subjetividades. Y si bien el desenlace pareciera ser bastante pesimista, lo cierto es que las dosis de humor negro son tan bien repartidas que es difícil no terminar con una sonrisa (al menos, en mi caso, ya que después de verla en mi mente seguían resonando las carcajadas del Marqués) de ironía. En todo caso, no me parece desesperanzadora, como sí me lo han parecido muchas otras cintas, se me ocurre citar *Luces al amanecer* de Kaurismaki. Ante las contradicciones planteadas por esta obra se me ocurren distintas posibilidades que sería vano aquí siquiera esbozar: lo que quiero volver a resaltar es que mientras tomemos posturas tan ingenuas como las del personaje principal, estamos indefensos y entregados a la barbarie. Ejercer el poder de otra manera, reequilibrando los mecanismos y la estructura misma no sólo es algo posible, sino deseable y aquí inevitablemente pienso en la permacultura y la agroecología como herramientas precisamente para poder ejercer el poder de otro modo.